

Al Umbral de la Plaza Mayor



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2025

Edita: Reino de Cordelia

 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia
 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º, pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Olivier Sterckx, 2025

Fotografías de cubierta e interiores, excepto las firmadas por otros autores: © Antonio Tiedra, 2025

Infografía: © Emilio Amade, 2025

Prólogo: © Luis Mateo Díez, 2025



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Asociación de Residentes de la Playa Mayor de Madrid y Aledaños

IBIC: BGL | Thema: DNB

ISBN: 979-13-87599-19-5

Depósito legal: M-21532-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: María Robledano

Segundas pruebas y edición final: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Al Umbral de la Plaza Mayor

Olivier Sterckx

Prólogo de Luis Mateo Díez



REINANDO DON CARLOS II. Y GOBERNANDO LA REINA D.ª MARIANA DE AVSTRÍA SY MADRE Y TOTORA. VIENDOSE QUE MADO ESTARE AL CASO DELA PANADERIA EL DIAS DE AGOSTO DE 1672 SE REEDIFICÓ DESDE LOS CIMIENTOS MEJORADA EN FABRICA Y TRACA. SIENDO PRESIDENTE DE CASTILLA D. PEDRO NYNEZ DE GYZMAN CONDE DE VILLAVNBROS SAY DE CASTRONVEYO Y SUPERINTENDENTE DE LA OBRA D. LORENCO SANTOS DE SAN PEDRO DEL CONSEJO REAL DE CASTILLA CAVALLERO DE EL ORDEN DE SANTIAGO Y COREGIDOR DE LA VILLA D. BALTAZAR DE RIBADE NEIRA Y CUNICA MARQUES DE AVEGADEL CONSEJO D. HACIENDA Y CAVALLERO DEL MESMO ORDEN Y REGIDOR ESCOMISSARIO D. GERONIMO DALMAO Y CASANET Y D. RAPHAEL SAGVINETO D. THOMAS DALAVAYARIGONY D. ANDRES MARTINEZ NARLE CAVALLERO DEL MESMO ORDEN Y CAVALLERIA DE SANTIAGO. ACABOSE EN DIEZISE MESES Y CINCO DIAS Y CINCO AÑOS DE 1674



Índice

Prólogo La Plaza, la vida, por Luis Mateo Díez	7
Introducción Un emblema habitado	13
Capítulo 1 Antecedentes: La plaza del Arrabal	23
Capítulo 2 El gran escenario de los Habsburgo	51
Capítulo 3 El aletargamiento de los Borbones	81
Capítulo 4 Una Plaza apartada de la Modernidad	95
Capítulo 5 La posguerra, época de rehabilitaciones	121
Capítulo 6 Entrada al siglo XXI	143
Capítulo 7 Perspectivas	167
Epílogo Un vecino de la Plaza	187
Agradecimientos	195
Bibliografía	197



Escaleras de
los soportales
de la Plaza Mayor.

Prólogo

La Plaza, la vida

CUANTAS VECES vuelvo a la Plaza Mayor de mi vida madrileña, no menos de treinta años desde los balcones de la Casa de la Panadería, y no menos tiempo de recorrer sus soportales, siempre en buena compañía y con lo que el descubrimiento de la Plaza proporciona al avatar cotidiano de hacerlo, se me remueve la memoria, sin que lo personal desdibuje a lo histórico.

La Plaza contiene, como centro simbólico de la ciudad, en el entendimiento también de lo que todas las plazas mayores del mundo suponen como referencia de sus centros urbanos, aquello que aprisiona y refleja en el espejo que le da su identidad, un poso de los siglos y la sustancia de sus efemérides.

Un espacio que nos requiere y defiende en su demarcación, con el amparo de una belleza geométrica proclive a una cierta racionalidad en esa defensa, si el avatar de los siglos y los sucesos vecinales e históricos se cuentan entre su edificación, como si el tiempo fuese también un recurso de la arquitectura.

No sé todo lo que he perdido cuando me fui de la Plaza, no conviene hacer ejercicios de nostalgia en las jubilaciones, pero sí lo que he ganado en la experiencia imaginaria del abandono, lo que de ella se mantiene en mi vida como en el ensueño de haberla vivido con tal intensidad y en tantos años.

Lo que agradezco infinitamente son los libros, que como este, nos devuelven a la Plaza con la completa rememoración de uno de los más hermosos escenarios barrocos del patrimonio monumental universal, este centro del mundo y de tantas miradas y vidas de un Madrid que sigue siendo Capital de la Gloria.

LUIS MATEO DíEZ
Hijo adoptivo de Madrid



Entre nosotros no se concibe una ciudad sin una plaza rodeada de arcos, no se comprende una villa, ni aun una aldea sin un punto que haga veces de plaza, especie de foro, en cuyas esquinas descansamos, tomamos el sol, hablamos de la novedad del día y discurrimos sobre todas las cosas y otras muchas más: por miles se cuentan los habitantes de pueblos para quien están de más todas las calles que no conducen de su casa a la plaza y de la plaza a su casa.

ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS







La Casa de la Panadería detrás de la escultura ecuestre de Felipe III.

Introducción

Un emblema habitado

LIDEADA A FINALES DEL SIGLO XVI y acabada unas décadas más tarde, la Plaza Mayor se ha convertido en uno de los emblemas más significativos de Madrid. Su combinación de formas españolas, italianas y flamencas evoca las relaciones entre los diversos territorios que la Corona española llegó a reunir.

Es, sin duda, uno de los emblemas más tangibles de la capital de España, parada obligada cuando uno pasea por sus calles, que allí se ensanchan, abren perspectivas y dejan al descubierto los tan celebrados cielos madrileños. La ciudad en ese punto se dilata generosamente, se ofrece sin tráfico ni agitación y marca unos compases menos ajetreteados. Uno se toma su tiempo, se sosiega; una pausa.

Amplio rectángulo de equilibrada geometría abierto al lado del antiguo entramado medieval, cuadratura de la dinastía¹, su planificación y construcción abarca cuatro décadas. Surgió por iniciativa de Felipe II cuando instaló su Corte en Madrid, y contó con el apoyo de la ciudadanía y de los gremios así como del impulso final de su hijo Felipe III. La Casa de la Panadería, y en menor medida la Casa de la Carnicería, destacan de manera sutil para no alterar la homogeneidad general. Su presencia es suficiente para marcar un eje predominante, que completa la estatua ecuestre de Felipe III, tras-

¹ Francisco Umbral y Alfredo González, *Teoría de Madrid*. Espasa Calpe, Madrid, 1981. Página 254.

ladada a su ubicación actual desde mediados del siglo XIX. Espacio vivo —convertido en punto de encuentro representativo de una Corte desprovista de lugares monumentales— y donde se vive, es lugar de residencia de algo más de 3.700 madrileños, según testigos contemporáneos², y a principios del siglo XVII albergó a una población estimada en unos 90.000 personas.

Según los eventos, fue centrífuga, es decir, abierta, cruce de caminos, emplazamiento de mercados y asentamiento de gremios; pero también centrípeta, cerrada sobre el espectáculo solemne y el despliegue del poder monárquico, lugar para autos de fe y ejecuciones públicas, escenario de tarascas, torneos ecuestres, juegos de cañas, procesiones, canonizaciones... Acogió una amplia nomenclatura de acontecimientos circunstanciales inventados para una sociedad barroca apegada a la belleza de lo efímero³. Esa vocación de servir a los madrileños, esa porosidad contextual urbana hizo que se concibiera abierta hasta bien entrado el siglo XIX.



La Plaza Mayor en 1961.

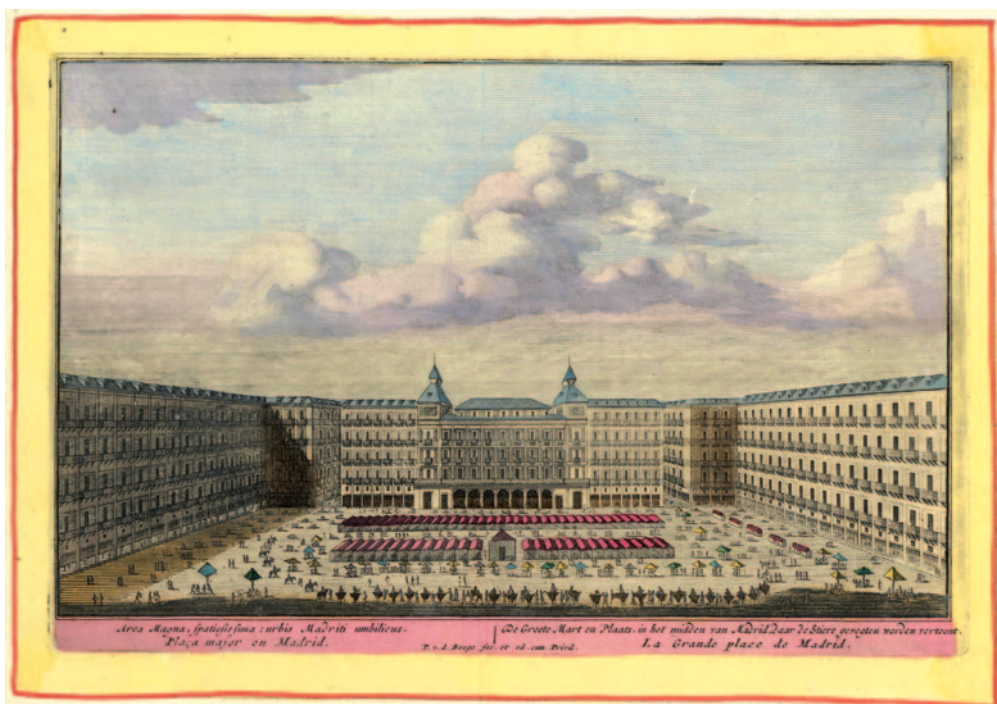
La Plaza tuvo papeles muy diversos. Se desmarcó como gran escenario áulico en el XVII, se reconvirtió principalmente en mercado en el XVIII y se apaciguó en jardín afrancesado en el XIX. El siglo XX la desfiguró un tiempo, rebajándola a un mero intercambiador de red de tranvías y luego a aparcamiento a cielo abierto. Hasta las reformas emprendidas después de la Guerra Civil y el advenimiento de la democracia no pudo recuperar

algo de su porte, y en los albores del siglo XXI su población residencial ha ido menguando, amenazada por el turismo masivo y la mercantilización.

Plaza popular y aristocrática, centro mundano y municipal, a pesar de las transformaciones y de los incendios sufridos durante

² Rosario García Aser considera desproporcionada esta cifra en «La Plaza Mayor de Madrid», separata de *Hispania*, 1963, XC, p. 56 y rebaja su estimación a 1.500.

³ Richard L. Kagan, *Urban images of the Hispanic World, 1493-1793*, Yale University Press, 2000, p. 235.



Grabado de la Plaza Mayor de Madrid de Pieter van den Berge. Rijksmuseum de Amsterdam.

sus más de cuatro siglos de historia, ha mantenido casi siempre ese carácter polimorfo. Sigue siendo un lugar reconocible del Madrid de los Austrias. De hecho, es de los pocos conjuntos monumentales conservados de una ciudad que, desde el siglo XIX, ha mutado y se ha visto despojada de conventos, iglesias, palacios y todos aquellos elementos arquitectónicos que le aportaban una singularidad ahora solo adivinada en las crónicas antiguas y en los cuadros de museos y colecciones privadas. Aún es un cordón umbilical gracias al cual cada habitante sigue ligado a la memoria colectiva de la ciudad⁴. Un grabado antiguo de Madrid define la Plaza como *Urbis Madriti umbilicum*.

⁴Guido Ceronetti, *Un voyage en Italie*. París, Albin Michel, 1996.

Combina tres rasgos que le confieren un carácter único. Su historia se entrelaza con los sucesos de la capital como Villa y Corte. Su arquitectura, sus espacios, han conocido cambios significativos a lo largo del tiempo, pero poseen rasgos ideales de armonía y geometría. Ostenta «la grave solemnidad castellana de los altos siglos»⁵.

Lo más destacable —pero no lo más obvio— es que se trata de un monumento histórico habitado, lo que merece ponerse en relieve, porque ese espacio es un lugar de vida, que se graba en la memoria de sus residentes y visitantes no solo por su relevancia histórica sino también por la afectiva. No debe olvidarse nunca que un edificio existe solo cuando alguien lo experimenta⁶, que «el hombre es en la medida en que habita⁷». Por tanto, la Plaza Mayor es un lugar (y todos los espacios no son lugares⁸) con identidad e historias distintivas, un sitio que habitamos, en el que somos. La Plaza es donde la ciudad se muestra como tal y la arquitectura nos sitúa en esa realidad⁹.

El espacio implica la coexistencia y el tiempo las existencias sucesivas¹⁰. Desde el principio, cuando aún era arrabal, antes de que se convirtiera en una barriada de éxito que le permitió alcanzar su aspecto actual, estuvo habitada por vecinos, aunque ese hecho se tienda a ignorar u olvidar. La combinación de espacio público y privado es lo que aporta un perfil específico a este conjunto monumental. Lo expresa claramente el arquitecto italiano Bruno Zevi:

La arquitectura no deriva de una suma de longitudes, anchuras y alturas de los elementos constructivos que envuelven el espacio, sino dimana propiamente del vacío, del espacio envuelto, del espacio interior, en el cual los hombres viven y mueren¹¹.

⁵ Pedro de Répide, *Las calles de Madrid*. Afrodisio Aguado, Madrid, 1971.

⁶ John Dewey, *L'art comme expérience*, Gallimard, 2010, p. 598.

⁷ «Der Mensch sei, insofern er wohne», in Martin Heidegger, *Construir Habitar Pensar (Bauen Wohnen Denken)*, Barcelona, LaOficina, 2015, p. 88.

⁸ El espacio es abstracto mientras el lugar es vivido, tiene identidad propia y es significativo para las personas, en Yi-Fi Tuan, *Space and place, the perspective of experience*, University of Minnesota Press, 2001, p. 248.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Gottfried von Leibniz, *Obras filosóficas y científicas*, volumen 18, Correspondencia V, Comares Editorial, Editor Eloy Rada, 2016, p. 477.

¹¹ Bruno Zevi, *Saber ver la arquitectura*, Ediciones Poseidón, 1981, p. 222.

En la antigüedad se alumbraron seres legendarios, mezcla entre el hombre y animales: centauros, sirenas, esfinges. Pero ¿qué seres híbridos surgen de la conjunción entre casa y habitante? El fantasma, quizá¹². ¡Cuántos fantasmas deben morar entre los muros de las viviendas que circundan la Plaza! Y si de una casa y un habitante surge un fantasma, ¿por qué no pensar en el ser mítico que nace de un espacio público y de sus ciudadanos? El *genius loci*, tal vez, el espíritu del lugar¹³. Un espíritu doble, que refleja el aspecto emblemático de una historia larga y compleja que ha marcado su sello y enmarcado la Plaza en tanto espacio estéticamente acorde con su pasado¹⁴. No se trata meramente de la evocación de un aliento de historia¹⁵. Ese espacio emblemático no se plasma únicamente en una mera categoría museística o patrimonial, se convierte en lugar para sus residentes y, en general, para todos los madrileños; un lugar capaz de crear memoria, forjar una identidad y un orgullo tanto individual como comunitario¹⁶.

Esa identidad y ese orgullo fraguan el civismo que favorece la creencia de que la ciudad donde vivimos es única. Es difícil sentirse orgulloso de un núcleo urbano que solo expresa la homogeneidad de la globalización, así como también lo es sentirse orgulloso de las franquicias que se encuentran en cualquier otra parte de otra ciudad del mundo. Un sentido de pertenencia cívica necesita estar vinculado a una comunidad que expresa características particulares, el espíritu del lugar¹⁷.

¹² Fernando Espuelas, *Anomalías domésticas*, Pre-Textos, 2022, p. 132.

¹³ Aldo Rossi utiliza el término *locus*, una relación singular y sin embargo universal que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en el lugar. En esta relación la ciudad se realiza como el *locus* de la memoria colectiva a lo largo de la historia, a través de sus edificios, casas, monumentos, barrios y espacios públicos, en Aldo Rossi, *La arquitectura de la ciudad*, Gustavo Gili, 2015, p. 200. Además de espíritu del lugar, Daniel Bell y Avner de Shalit, utilizan también la palabra *ethos*. Para ambos autores el *ethos* significa un conjunto de valores y perspectivas generalmente reconocidos por las personas que viven en una ciudad. En Daniel Bell y Avner de Shalit, *The Spirit of Cities - Why the identity of City matters in a global age*, Princeton University Press, 2011, p. 368.

¹⁴ Un pasado tanto real como imaginado.

¹⁵ «Breath of history», en Michael Petzet, *Genius Loci – The spirit of monuments and sites*, 16th General Assembly of ICOMOS, 2008, p. 8.

¹⁶ Henri Maldiney, *Regard Parole Espace*, Les éditions du Cerf, 2012, p. 416.

¹⁷ Daniel Bell y Avner de Shalit, *op. cit.*

Para Camilo José Cela, la Plaza Mayor de Madrid «es un modelo de talento, de buen gusto y de sentido común; Juan Gómez de Mora, en el siglo XVII, y Juan de Villanueva en el XVIII, fueron dos arquitectos con talento, buen gusto y sentido común; lo reseñamos aquí porque no suelen ser virtudes frecuentes»¹⁸.

Ambos arquitectos, y otros que los precedieron, acompañaron y cuidaron esa matriz urbana, permitieron desarrollar el *genius loci* de la Plaza Mayor, el espíritu de ese perímetro, creando un espacio con sentido que ayuda al hombre a habitarlo¹⁹. La interacción entre el lugar y quienes lo habitan o visitan da como resultado que la Plaza Mayor, aunque monumento, no solo conmemora algo pasado —lo que sería meramente fúnebre—, sino que condensa sensaciones actuales que deben a sí mismas su propia conservación y le confieren a cada evento que allí tiene lugar el compuesto que lo celebra²⁰.

La historiografía tradicional destaca como arquitectos principales los nombres de Juan Gómez de Mora y de Juan de Villanueva mencionados por Cela. La gran reforma de Villanueva, después del tercer incendio de 1790, retomó los principales aspectos estéticos anteriores, lo que tiene el mérito fundamental de dar el aval histórico a una idea de la Plaza en su quintaesencia. Sin embargo, obvia tantos otros partícipes que hicieron posible ese recinto. La idea recurrente de que Juan de Herrera y Juan de Valencia planearan un espacio lógico y razonado en la trama irregular de la villa, que Juan Gómez de Mora llevase a término y que Villanueva reformase, deja de lado una cronología compleja con más protagonistas. Las obras acometidas a partir de 1790 se prolongaron después de la muerte de Villanueva, en 1811, y hasta bien entrada la

¹⁸ Camilo José Cela, *Madrid*, Alianza, 1966, p. 78.

¹⁹ Christian Norberg-Schulz, *Genius Loci – Paysage, ambiance, architecture*, Pierre Mardaga, 1981, p. 220.

²⁰ «Le monument n'est pas ici ce qui commémore un passé, c'est un bloc de sensations présentes qui ne doivent qu'à elles-mêmes leur propre conservation, et donnent à l'événement le composé qui le célèbre». Deleuze no utiliza el término monumento en un sentido literal, pero la riqueza semántica que le da se adapta muy bien a un «monumento» como la Plaza Mayor, en Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Qu'est-ce que la philosophie?* Les éditions de Minuit, 1991, p. 11.



Proclamación de Fernando VII en la Plaza Mayor el 21 de agosto de 1808.

década de 1850 cuando Custodio Moreno, López Aguado y Sánchez Pescador culminaron su proyecto²¹.

Una plaza es un rasgo distintivo para la inmensa mayoría de las ciudades y uno de los mejores testigos de su historia. Hay lugares singulares que con el tiempo adquieren su propia metafísica. Muchas plazas operan una combinación singular: en ellas se vive, sirven para varias funciones municipales o religiosas y, al mismo tiempo, enaltecen el poder con la homogeneización de las fachadas que surgen de la propia construcción. Desde el principio se aprecia su uniformidad y correspondencia arquitectónica. Su potencia expresiva reside en el conjunto y no tanto en la singularidad de la

²¹ Francisco Pol, «El programa de adecuación arquitectónica de la Plaza Mayor de Madrid y su barrio», en *II Jornadas de debate sobre la Plaza Mayor y su entorno*, Ayuntamiento de Madrid, 2006, pp. 11-32.

arquitectura, pues los edificios renuncian a su individualidad y adoptan una repetición de volúmenes y de líneas en sus fachadas²².

La Plaza Mayor simboliza un umbral, una rendija por la que acceder a otros espacios, con todo el simbolismo que eso conlleva, y de acuerdo a varios niveles²³. Históricamente, cuando aún se denominaba plaza del Arrabal y se encontraba a extramuros, a la entrada de la puerta de Guadalajara, suponía un *limes* donde los comerciantes se instalaban sin pagar impuestos, lo que posibilitaba la convivencia de gente variopinta. Sirvió también de umbral de orbes diferentes, que no solían mezclarse, como cuando sus puertas se abrían de par en par a los soberanos y su Corte, en momentos faustos en los que la nobleza se dejaba ver asomada a los balcones de la Panadería antes de fundirse nuevamente en los umbríos aposentos de los palacios y conventos. Posteriormente, desde que Villanueva la cierra con su reforma, se cruzan arcos para entrar en ella y divisarla plenamente. La Plaza es asimismo muchas veces la primera parada turística antes de descubrir la ciudad. Pero, ante todo, desde sus orígenes sus ventanas dan a interiores donde se producen todas las esferas privadas imaginables. Algunos se intrigan por lo que pasa detrás de ellas, aunque mucha gente crea que los edificios de la Plaza solo albergan oficinas.

Por tanto, aparte de uno de los epítomes del espacio urbano definido por la arquitectura que lo conforma, es al mismo tiempo un centro de vida con una configuración espacial capaz de crear memoria y forjar una identidad, tanto individual como social²⁴. Se trata de un remanso dentro del tejido abigarrado del centro antiguo, al que se accede desde el claroscuro producido por los soportales, que contrastan con el gran vacío unitario y regular conformado por los cuatro grandes lienzos ortogonales que la enmarcan. La repe-

²² Como se puede ver con los excelentes dibujos de Ignacio de las Casas y ss., *La expresión arquitectónica de la Plaza Mayor de Madrid a través del lenguaje gráfico*, Cátedra de dibujo técnico curso 77/78, Colección Cátedras, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, número

1, p. 149.

²³ Oscar Martínez, *Umbrales, un viaje por la cultura occidental a través de sus puertas*, Siruela, 2021, p. 302.

²⁴ Bertrand Levy, «La place urbaine en Europe comme lieu idéal», en *Lieux d'Europe : Mythes et limites*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 2008.



La Plaza Mayor en un óleo sobre poliéster realizado en 2014 por el pintor fotorrealista Anthony Brunelli.

tición rítmica de un módulo y la unidad de la cornisa en los alzados solo queda rota por las calles que desembocan en ella.

Con esos puntos de partida, propone este libro una lectura cronológica de la historia de la Plaza Mayor. Quizá no sea la más original, pero al menos sí la más amena y lógica. Al fin y al cabo, ese perímetro singular se puede asimilar a un palimpsesto, una sedimentación donde se combinan lo vivido y los eventos en un entorno cambiante que nunca ha perdido su naturaleza. Los legados de diversas fases urbanas suponen otras tantas obligaciones que pesan, de diferente forma, sobre el futuro de este emblema habitado de Madrid.



Estatua de Felipe III
fotografiada por
Ricardo Bustos.

Capítulo I

Antecedentes:

La plaza del Arrabal

SE CONSIDERA 1619 el año oficial de inauguración de la Plaza Mayor de Madrid, que ha superado los cuatrocientos de existencia. España asistía a los últimos años del reinado de Felipe III cuando se terminaron las obras de construcción iniciadas el siglo anterior. El monarca había trasladado definitivamente la capitalidad a Madrid después del interludio vallisoletano como sede de la Corona Española, breve pero notable paréntesis entre 1601 y 1606. Por tanto, 1619 es un hito importante para la vida de la Plaza, aunque la fecha sea algo injusta; no da cuenta de los matices ni de la relevancia de varios estratos históricos anteriores, que permiten entender la evolución urbana de la Plaza Mayor²⁵ hasta lograr su fisonomía actual, una transformación consecuencia del paso del tiempo y el quehacer cotidiano de los ciudadanos, así como del proyecto regio que la incorpora al «pulso de la historia erudita»²⁶. Es como esos insectos holometábolos que necesitan varias fases para reve-



Felipe III, por Pedro Antonio Vidal.

²⁵ Manuel Montero Vallejo, «De la “laguna” a la Plaza Mayor. La Plaza del Arrabal», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXIV, 1987, pp. 203-217.

²⁶ Pedro Navascues Palacio, «La Plaza Mayor en España», *Papeles de Arquitectura Española*, Fundación Cultural Santa Teresa, Instituto de Arquitectura Juan de Herrera, 2002, p. 39.

larse, desde la crisálida hasta el espécimen adulto. En 1617 aproximadamente la mitad de la Plaza ya se encuentra construida²⁷. Las obras acabarán con gran celeridad en poco más de dos años, culminando en 1622²⁸. El impulso de dotar la ciudad de espacios amplios y edificios destacables se debe a Felipe II, tras su decisión de instalar la Corte en Madrid a partir de 1561²⁹. Esta ciudad, ubi-



Antoon van den Wijngaerde, *Vista corográfica de Madrid* (detalle), 1562. Biblioteca Nacional de Austria.

cada entre la sierra y la llanura, equidistante del Atlántico de las Indias y del Atlántico de Flandes, disfruta además de un clima agradable comparado con las canículas de Andalucía y las heladas de Castilla la Vieja³⁰.

²⁷ Magdalena de Lapuerta Montoya, «La Plaza Mayor de Madrid (1617-1619)», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXXI, Madrid, CSIC, 1992, pp. 259-272.

²⁸ Jesús Escobar, *La Plaza Mayor y los orígenes del Madrid barroco*, Ediciones Nerea (ed. Española), 2007, p. 263.

²⁹ Henry Kamen, *Felipe II*, Siglo XXI, Madrid, 1997, p. 396.

³⁰ Alicia Cámara Muñoz, «El orbe del rey y el laberinto de Dios. Madrid, urbe manierista y barroca», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1982, Tomo XIX, pp. 49-60.



Detrás de las murallas de la segunda cerca, en el centro de la imagen, entre las torres de las iglesias de San Salvador y de San Miguel, se distingue un espacio medianamente abierto, la entonces plaza del Arrabal, con una larga línea que representa la calle Atocha.

Gran conocedor de los creadores clásicos y modernos, Felipe II inicia la reforma o creación de los Sitios Reales alrededor de Madrid: el Pardo, Valsaín, el Escorial³¹. Siendo aún príncipe heredero, emprende el felicísimo viaje a los Países Bajos, donde admira las residencias palaciegas de su tía María de Hungría, hermana de Carlos V y gobernadora de las posesiones septentrionales de los Habsburgo³². El Castillo de Binche, en el condado de Henao, es una de sus residencias palaciegas y uno de los lugares más celebrados de la época³³.

Al futuro soberano le atrae la síntesis entre los sistemas arquitectónicos inspirados en la antigüedad romana y los conjuntos decorativos interpretados por medio de técnicas y materiales típicos de los Países Bajos³⁴. Del norte trae a la Península el gusto por las cubiertas de pizarra a dos aguas de la arquitectura borgoñona, cuyo eco se encuentra ya en la Casa de la Panadería, proyectada a finales de su reinado. En su residencia de Valsaín se utilizan por primera vez las cubiertas a la manera flamenca; esa decisión de sustituir los antiguos tejados de teja árabe tendrá una gran repercusión en la fisionomía de la arquitectura española³⁵.



Recepción a Carlos V y su hijo, el futuro Felipe II, en el Castillo de Binche, residencia de Margarita de Austria. Biblioteca Nacional de Bélgica.

³¹ Sara Izquierdo Álvarez, «Felipe II y el urbanismo moderno», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, vol. 13, 1993.

³² Sobre la importancia y el impacto del mecenazgo y de la Corte de María de Hungría: Bob van den Boogert, *Maria van Hungarije. Koningin tussen keizers en kunstenaars 1505-1558*. Utrecht: Noordbrabants Museum, 1993, p. 196.

³³ Cruz María Martínez Marín, *La Corte de María de Hungría en Bruselas (1531-1555): Un modelo cultural europeo*, Dialnet, 2017.

³⁴ Jesús Escobar, *op. cit.*

³⁵ Pablo Gárate Fernández-Cossío, *El Palacio de Valsaín, reconstitución a través de sus vestigios* (tesis doctoral), Universidad Politécnica de Madrid, 2012.

Las demás ciudades españolas y europeas contemplan proyectos similares, lugares representativos y abiertos dentro del antiguo tejido medieval, nuevos centros de las ampliaciones urbanas fuera de los límites antiguos³⁶. Es el caso de la plaza parisina de los Vosgos, antigua plaza Real. Enrique IV de Francia idea un nuevo



El gran carrusel de «La novela de los caballeros de la gloria» para celebrar en 1612 la boda entre Luis XIII y Ana de Austria, hija de Felipe III. Conmemora la celebración de la alianza entre Francia y España, la consagración del poder de la reina regenta, María de Medici, y la inauguración oficial de la Plaza, cuyas obras empezaron bajo el reinado de Enrique IV. Archivos del Musée Carnavalet.

espacio a partir de 1605. Alrededor, con la excepción de dos pabellones, el del rey y el de la reina, los lotes son vendidos a parti-

³⁶ Marie Baudière, «La fortune gravée et imprimée du carrousel de 1612», en *Chroniques de l'éphémère: Le livre de fête dans la collection Jacques Doucet*, Publications de l'Institut national d'histoire de l'art, 2010.

This is a historical woodcut map of the Plaza Mayor in Madrid, Spain. The map shows the famous U-shaped plaza, which was designed by Juan de Herrera. The central area is labeled "PLAZA MAIOR". Surrounding the plaza are numerous buildings, each depicted with architectural details. Several streets radiate from or border the plaza, including "CALLE MAIOR IV" at the top right, "Calle Nueva" along the left side, "Calle de la Cruz" on the right, and "Calle de San Mateo" further down. Other labels include "Puerta de Guadalajara" at the bottom left, "Placeta del C. de Barajas" near the bottom center, and "PROVIN CIA" near the bottom right. The map also features various numbers (e.g., 23, 30, 48) and letters (e.g., H, M, L, O) likely used as reference points. The overall style is characteristic of 17th-century cartography, with fine lines and detailed shading to represent the urban environment.

Especificidades consustanciales de las ciudades europeas³⁷, las plazas se adecuan al territorio en que se alzan, aprovechando los vacíos dejados en la península³⁸ por antiguos zocos, patios de mezquita o foros. La Plaza Mayor de Madrid se crea extramuros, al igual que otras muchas³⁹. Cuando era plaza del Arrabal, evolucionó de forma

³⁸ Roland Martin (y ss.), *Forum et Plaza Mayor dans le Monde Hispanique, colloque interdisciplinaire* – Casa de Velázquez, 28 octobre 1976, Editions E. de Boccard, Paris.

³⁹ Pedro Navascues Palacio, *op. cit.*

natural de acuerdo con las actividades que se desarrollaban fuera de las murallas de Madrid. Al transmutarse en Plaza Mayor, brotando de su crisálida medieval orgánica, irrumpió de manera tangente como inmenso rectángulo. El plano de Pedro Teixeira de 1656 permite entender cómo la Plaza Mayor supuso una ruptura del entramado urbano medieval, cortando las calles y manzanas existentes a su alrededor.

Es un rectángulo tajante: es decir, un rectángulo como si en el plano de la ciudad, alguien, con un bisturí, hubiera cortado ese rectángulo, dejando un espacio vacío, dejando atónitas a las calles cortadas. Porque aquí las calles no acometen a la plaza, con la naturalidad de una plaza natural, sino que se interrumpen⁴⁰.

El gran espacio central contrasta con la irregularidad del entorno edificado, resultante de la sobreimposición de un diseño deliberado a un trazado surgido de forma un tanto anárquica en los suburbios extramuros, que se abren camino radialmente desde las puertas antiguas de la ciudad hacia los conventos que por allí se van edificando⁴¹, auténticos centros de vida social. Esa imposición de un diseño regular sobre el trazado antiguo no borra las huellas del trazado medieval, oculto tras una línea única de fachadas detrás de la que aún pervive. La edificación del entorno pretende disimular esta realidad. Gómez de Mora señala pasajes cubiertos en las calles de Toledo, Sal, Arco del Triunfo, Botoneras y Zaragoza con una arquitectura similar a la de la Plaza. Más tarde, en 1790, Villanueva simula mediante arcos falsos una simetría inexistente en las calles afluentes⁴². En esta misma línea, se intentó proyectar una visión urbanística más amplia, haciendo que la morfología de las casas de la Plaza se extendiera a las calles adyacentes⁴³.

⁴⁰ Enrique de Aguinaga López, «Restauración de la Plaza Mayor (1961)», en Ciclo de conferencias IV Centenario de la Plaza Mayor, CSIC, 2018.

⁴¹ Fernando Chueca Goitia, «El semblante de Madrid», *Revista de Occidente*, 1951, Madrid, p. 350.

⁴² Francisco Pol, «El programa de adecuación arquitectónica de la Plaza Mayor de Madrid y su barrio», en II Jornadas de Debate sobre la Plaza Mayor y su Entorno, *op.cit.*

⁴³ Magdalena de Lapuerta Montoya, «La Plaza Mayor de Madrid (1617-1619)» en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXXI, Madrid, CSIC, 1992, pp. 259-272.

El Madrid de finales del Medievo es un recinto amurallado de reducido tamaño. El barrio de la actual Plaza Mayor, fuera de las fortificaciones, era un conjunto ilegal o meramente consentido y ligeramente destartado, con casas donde en un inicio residían principalmente judíos y mudéjares, un espacio que solía empantanarse antes de que las casas fueran levantadas con pilares de madera. La plaza del Arrabal se semejaba a un vertedero donde sus primeros residentes malvivían en casas maltrechas⁴⁴; muy lejos quedaba la visión idealista de fray Francesc Eiximenis, que soñaba una Plaza donde: «No se permitirán solaces deshonestos en ella, ni la instalación del mercado ni de la horca para el castigo de los delincuentes»⁴⁵.

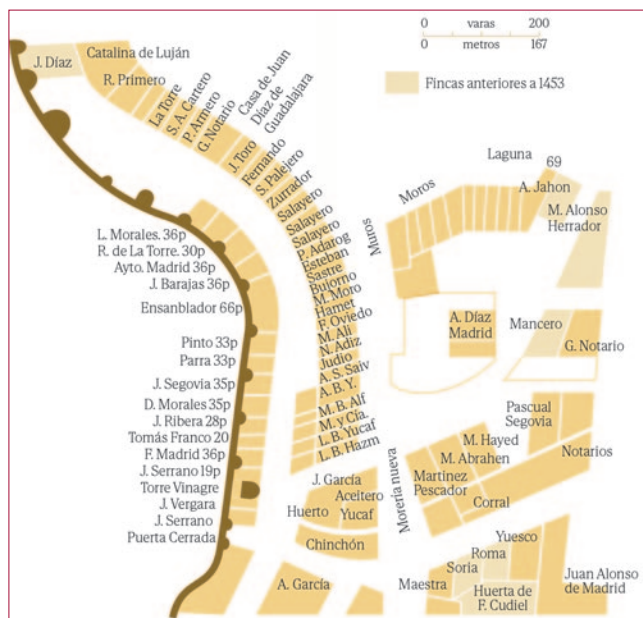


Plano de Fernando Urgorri Casado sobre el arrabal de Madrid hacia 1440, en tiempos de Juan II de Castilla.

⁴⁴ Manuel Montero Vallejo, *op. cit.*

⁴⁵ Fray Francesc Eiximenis, el Cristiano, citado por María Isabel Navarro Segura en *Las fundaciones de ciudades y el pensamiento urbanístico hispano en la era del Descubrimiento*, Scripta Nova, Volumen X, 2006.

El último ajusticiamiento tuvo lugar muy a finales del XVIII y el último mercado a mediados del siglo XX.



Relación de propietarios y fincas próximas a la Cava de San Miguel hacia 1453. Advértase el nombre del barrio, «Morería nueva», y los apellidos cristianos, judíos y musulmanes.

Aquel entorno, que se llamaba laguna de Luján, tomaba el nombre de una noble familia madrileña. En el solar de los Lujanes se levantaba por entonces uno de los edificios más emblemáticos de la vecina plaza de la Villa⁴⁶.

Los mercaderes fueron instalándose allí progresivamente, rebasando los lindes de las murallas para evitar pagar las tasas de intramuros y el impuesto de portazgo, que se cobraba al acceder a la ciudad por la vecina Puerta de Guadalajara. La actual Cava de San Miguel, pri-

mer lienzo ocupado por la futura plaza, no fue lugar de tránsito hasta que en 1567 se derribaron unas casas para dar acceso a la antigua Puerta de Guadalajara⁴⁷. Empieza entonces a servir de mercado de abastos, con puestos de carne y pescado y panaderos que acudían a vender sus productos desde los pueblos de los alrededores. Para no perder el portazgo, el Consejo Municipal amplió la cerca fiscal con objeto de incluir a la Plaza dentro del recinto de recaudación⁴⁸.

El pantano fue desecado durante la primera mitad del siglo XV para facilitar la actividad comercial y su desnivel fue aprovechado

⁴⁶ Emilio Luján, historia de un linaje madrileño. Editorial La Rana. Madrid, 2012, p. 62.

⁴⁷ Manuel Montero Vallejo, *op. cit.*

⁴⁸ Fidel Revilla González, *La Plaza Mayor de Madrid. Cuatrocientos años de historia*, Madrid, 2018, p. 22.



La foto de Otto Wunderlich muestra el acceso suroeste a la Plaza Mayor desde la Cava de San Miguel en 1950. Antes de la reforma de Villanueva, el inmueble fue el edificio más alto de la ciudad. El Archivo Wunderlich pertenece al Ministerio de Cultura y Deporte.

para construir allí edificaciones con talud en lo que en la actualidad es la Cava de San Miguel, que sigue el antiguo trazado del foso de la muralla, con las escaleras del Arco de Cuchilleros⁴⁹.

Al principio del reinado de Felipe II, el lugar tenía tan poca relevancia que ni se adecentaba ni se engalanaba. Ni siquiera formó parte del trayecto elegido para recibir a Ana de Austria, cuarta esposa del soberano, cuando en 1570 hizo su entrada en Madrid, momento estelar para la ciudad ya que el soberano ingresaba solemnemente en ella por primera vez⁵⁰.

Empezó a ser denominada Mayor y a servir de escenario de las fiestas reales en 1532⁵¹. Por esa misma fecha fueron asentándose allí algunas sedes municipales: primero la Casa de la Carnicería, con la compra de unos inmuebles al mesonero Jerónimo, y después la Casa de la Panadería, que comenzó a remodelarse en 1589 y sirvió de eje para el emplazamiento definitivo de la Plaza y la fijación de su trazado septentrional. Ambos edificios constituyen las segunda y tercera casas consistoriales. La primera se estableció en la plaza de la Villa desde los primeros años del siglo XV, en algunas estancias de la desaparecida iglesia de San Salvador, y posteriormente en un edificio propio construido por Juan Gómez de Mora a partir de 1529⁵².

CASA DE LA PANADERÍA

CON SU PÓRTICO adintelado y arqueado sobre el motivo del Coliseo, según una idea de Juan de Herrera, la Panadería retiene aún algo de su fisionomía original.

⁴⁹ Fernando Urgorri Casado, «El ensanche de Madrid en tiempos de Enrique IV y Juan II», *Revista de la Biblioteca Archivo y Museo, Ayuntamiento de Madrid*, 1954, pp. 3-65.

⁵⁰ Pero ya no es el caso en 1583, cuando Felipe II regresa de Lisboa, en Juan Chiva Beltrán, «Triunfos de la Casa de Austria: entradas reales en la Corte de Madrid», *Potestas Revista del Grupo Europeo de Investigación histórica Religión poder y monarquía*, n.º 4, 2011, pp. 211-228.

⁵¹ María del Carmen Simón Palmer, «Imágenes literarias de la Plaza Mayor y sus gentes», *Ciclo de conferencias IV Centenario de la Plaza Mayor, CSIC*, 2018, pp. 251-275.

⁵² Aurelio Colmenares y Orgaz, conde de Polentinos, *Las casas del Ayuntamiento y la Plaza Mayor de Madrid*, Madrid, Hauser y Menet, 1913, p. 52.



Vista de la Plaza Mayor de Madrid (1623), de Juan de la Corte. Se aprecia la ubicación de la familia real y de los cortesanos en el balcón corrido de la primera planta; damas a la derecha del balcón real, caballeros a la izquierda y las guardas reales debajo. Aún no aparece el gran escudo real labrado con las armas de Carlos II, encima del balcón principal, y la fachada todavía no está ornada de frescos. Archivo Museo Historia de Madrid.

Se estudiaba su edificación desde 1589, después de que una hambruna asolara la ciudad⁵³. Como uno de los símbolos de un buen gobierno radicaba en el correcto abastecimiento de pan, se planteó edificar una panadería que sirviera de tahona, mercado y lugar de almacenamiento. Las obras empezaron pocos años después a cargo de Diego Sillero, que partió muy probablemente de un dibujo de Juan de Valencia⁵⁴, sobre un sótano abovedado previo. A la muerte de Felipe II, en 1598, estaban muy avanzadas. El traslado de la Corte a Valladolid entre 1601 y 1606 ralentizó los trabajos, que en 1607 estaban prácticamente acabados.

Hasta bien entrado el siglo XIX, detalle que suele pasar por alto, el edificio se divide en tres partes: mercado de pan en la planta baja, estancias reales en la primera y viviendas en los pisos superiores.

⁵³ Jesús Escobar, *op. cit.*

⁵⁴ Jesús Escobar, *op. cit.*